

ROSA Y AZUL



SUMARIO: Leyendas españolas: LA CAMPANA DE HUESCA.— Biografía y retrato de Becquer, por P. A. M.—Joyas literarias: EL TAMBORCILLO SARDO, por Edmundo de Amicis, con ilustraciones de J. Cuevas.— VIAJE CÓMICO AL POLO SUR, REALIZADO POR DOS ESTUDIANTES MADRILEÑOS Y UN ELEFANTE ANDALUZ.— Curiosidades: LOS VENTISQUEROS DE LOS ALPES.— Rima, por Gustavo A. Becquer.— Las maravillas del mundo: LOS JARDINES COLGANTES DE BABILONIA.— Cuentos del concurso: HISTORIA DE UNA ALMENDRA, por «Colombinita».— Carta ilustrada, por Remigio Dargallo.— Correspondencia.— Pasatiempos.— Y las divertidas AVENTURAS DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO.

24 páginas, 15 CÉNTIMOS

INTERESANTE.— Lea usted en la tercera plana de la cubierta nuestros regalos del mes de Octubre.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á Rosa y Azul por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

CONCURSO DE PÁGINAS ARTÍSTICAS

ROSA Y AZUL abre un concurso de planas artísticas, para ser publicadas en el mismo, con sujeción á las siguientes bases:

1.^a Para la ejecución de los originales que se envíen á este concurso sólo se podrán emplear el procedimiento de claro oscuro, de mancha y dibujo á pluma ó al carbón, quedando totalmente excluidas las notas de color.

2.^a La superficie pintada en cada original deberá ser de 26 centímetros de ancho por 36 de alto.

3.^a Los originales se remitirán firmados con un lema, y dentro de un sobre lacrado y

suscrito con el mismo lema se enviarán el nombre y domicilio del autor.

4.^a Las planas que el jurado calificador considere admisibles se insertarán en ROSA Y AZUL con el mismo lema con que hayan sido firmadas, y con el número en que se publique la última se acompañará un boletín para que los lectores, por medio de sufragio, concedan el premio de .50 pesetas á la que consideren mejor.

5.^a El plazo de admisión empieza en 15 de Agosto y termina el 30 de Noviembre, á las nueve de la noche.

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

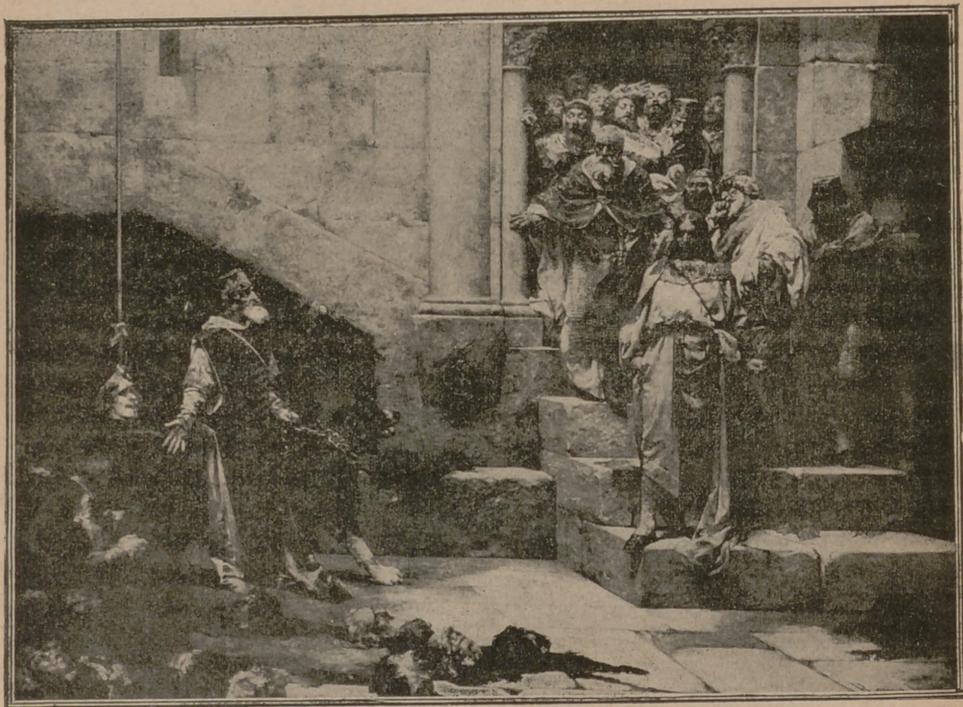
Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



PILAR ESCUDERO GALÁN (de ocho años)
Habitate en Badajoz, Correidores, 35, principal
(18 de las fotografías admitidas)



(Cuadro de Casado de Alisal.)

LEYENDAS ESPAÑOLAS (1)

LA CAMPANA DE HUESCA

CORREN varias versiones acerca de esta leyenda; pero la más exacta es la siguiente:

«Disgustados los nobles por la debilidad del rey D. Ramiro, á quien apellidaban unos el *Monje* y otros el *Cogulla*, reuniéronse cierta noche en asamblea para conspirar, y sabedor de ello el conde de Monteagudo, intrigante noble que pretendía vengarse del conde de Atarés, lo puso en conocimiento del rey para ganar su protección y conseguir el castigo de su rival, sobre el cual había lanzado una odiosa calumnia.

Dudó el pusilánime monarca si acudiría ó no á escuchar su propia sentencia; pero al

fin encaminóse, seguido de Monteagudo adonde estaban reunidos los conspiradores. Ocultos en una habitación contigua á la en que se verificaba la asamblea, escucharon tales y tan grandes agravios contra el rey, que éste se alejó de allí consternado y dispuesto á castigar á quienes así pagaban los favores recibidos. Mas aquella cobardía en él peculiar no le permitió realizar el castigo por su propia mano, y de ello encargóse el de Monteagudo, quien sabedor del sitio y hora en que los conspiradores debían reunirse por última vez para acordar el destronamiento del rey *Monje*, fué en su busca é hizo con

(1) Véanse los números 22, 23 y 25.

ellos causa común. Ridiculizando al rey habló de su manera extravagante de montar á caballo sujetando las riendas con la boca; después, y entre sonoras carcajadas, les refirió la estrambótica idea que abrigaba don Ramiro de construir una campana cuyo sonido se oyera en todo el mundo.

Envalentonados los conspiradores con las irónicas palabras de Monteagudo, calificaron de estúpida la idea y rieron á sus anchas. Pero cuando mayor era la algazara, el de Monteagudo tórnase grave y les dice:

—Caballeros, la campana está ya fabricada; es una obra colosal que tendré mucho gusto en enseñaros si queréis venir conmigo cinco á cinco para no llamar demasiado la atención.

—¡Sí, sí!—repitieron á gritos los conspiradores.

—Que me sigan primero los cinco caballeros de Luna.

Los indicados personajes siguieron al conde; á través de oscuros corredores llegaron á un patio en el cual había una gruesa puerta ferrada sobre la cual dió tres golpes el de Monteagudo; abrióse de par en par y cerróse como por encanto apenas los cinco Lunas hubieron entrado en la estancia. Era ésta una lóbrega sala á la cual se bajaba por una escalera de piedra. No se veía en ella campana alguna.

—¿Adónde está la colosal campana?—preguntó el mayor de los Lunas.

—Ahora la veréis—respondió el de Monteagudo; y tocó un silbato de plata, á cuyo llamamiento acudieron más de cuarenta arqueros que desarmaron á los nobles y dieron fin de ellos en un instante.

De este modo terminó el conde aquella conspiración, decapitando á los quince principales promovedores de ella.

Mientras Monteagudo llevaba á cabo su obra, el rey y la reina tenían una conferencia de la cual salió la paz del matrimonio,

turbada por las intrigas del conde, y salía del calabozo, donde injustamente le habían encerrado, el de Atarés. Cuando los monarcas ponían fin á su acto conciliatorio presentóse en la estancia Monteagudo y anunció al rey que los conspiradores no volverían á molestarle, invitándole á presenciar la obra que en beneficio de la patria había realizado.

—Ya tenéis fabricada la campana que ha de esparcir sus ecos por todo el mundo—dijo el intrigante con maliciosa sonrisa.

—Pasemos á verla—dijo el rey *Monje*, y salió de la estancia detrás de Monteagudo.

Cuando entraron en el salón donde los conspiradores habían sido decapitados, el monarca quedó mudo de estupor y á punto estuvo de caer sobre el enlosado pavimento; pero merced á un plan que surgió en él repentinamente para dar á Monteagudo el merecido premio á sus diabólicas maquinaciones, logró reponerse.

El espectáculo era imponente, aterrador. Las quince cabezas cortadas formaban en el pavimento un círculo dispuesto con tal regularidad que imitaba perfectamente la forma de una campana.

—Señor, ¿pensáis que se oirá en todo el mundo?—preguntó el de Monteagudo.

—No—repuso el rey.

—¿Por qué?

—¿No lo adivináis?

—Decídmelo, señor; ansío saberlo.

—Le falta el badajo.

—Tenéis razón; mas ya había pensado en ello, y la cabeza del conde de Atarés me parece á propósito...

—No—interrumpió D. Ramiro—; la vuestra producirá una vibración más sonora.

—¿Qué decís, señor?—preguntó Monteagudo asombrado.

El rey, por única contestación, llamó al verdugo y le mandó cortar la cabeza del conde y colgarla de un garfio que, pendiente del techo y encima del círculo, daba apariencias

de realidad á la campana ideada por el de Monteagudo.

Entonces hizo bajar al lúgubre recinto á cuantos nobles habían permanecido fieles, y cuando éstos contemplaban horrorizados tan sangrienta escena, D. Ramiro, sujetando por el collar á un enorme perro y demostrando una fiera cual jamás se vió en él, adelantóse á los cortesanos y les dijo:

—Ya está mi reino libre de traidores; ya podemos vivir en paz.»

Hecho real ó leyenda la Campana de Huesca, hasta hace poco (y acaso todavía hoy) podía verse el recinto fatal donde fueron deca-

pitados aquellos nobles. Era una pieza ovalada, con alta bóveda formada por arcos cruzados; allí estaba también la argolla donde fué colgada la cabeza de Monteagudo (1). En este edificio estuvo la Universidad de Huesca.

Los cuerpos de los quince nobles fueron enterrados en San Juan de Jerusalén, en otros tantos sepulcros que tenían por adorno en relieve una espada desnuda y una campana.

(1) Algunos dicen que la cabeza que D. Ramiro mandó colgar del garfio no fué la de Monteagudo, sino la de Ordaz, secretario del rey.

BECQUER

SEVILLA se honra con ser la patria de Gustavo A. Becquer, una de las glorias más legítimas de la lírica española contemporánea.

Hijo del pintor D. Joaquín, y hermano del distinguido pintor también D. Valeriano, nació el año 1836, y el 1870 dejó de existir. Vivió, pues, muy poco, y esta es la causa por lo que no fué fecundo en sus hermosas producciones.

Llegó á Madrid joven y lleno de ilusiones; le fué adversa la fortuna, y luchó con la desgracia á brazo partido, aunque tal vez su misma desgracia templó su alma para las grandes inspiraciones y para los grandes sentimientos. Espíritu soñador, no dejó de ser enfermizo en sus concepciones poéticas; pero si en otros la amargura y el tedio son manifestaciones fingidas, en él todo es verdad, sinceridades de alma grande que sufre.



Becquer inventó la «rima», una composición de pequeñas dimensiones, pero que él escribía de una manera tan sublime, impregnadas de una melancolía tal, que pasarán como modelo en su género al través de los siglos.

Los dos volúmenes de sus obras ocupan muy pocas páginas, mas son tan selectas, que ellas solas han bastado para labrar la reputación de tan célebre lírico. Altura de pensamiento, sentimiento delicado, arte extraordinario para suavizar el dolor, son cualidades características de Becquer, que ni aun dentro de la desesperación deja de mostrar un vago rayo de esperanza, ni en la desolación más completa de mostrar vislumbres de consuelo.

P. A. M.

En otro lugar de este número encontrarán nuestros lectores una de las rimas de Becquer.

JOYAS LITERARIAS

EL TAMBORCILLO SARDO

EN la primera jornada de la batalla de Custoza, el 24 de Julio de 1848, sesenta números de un regimiento de infantería de nuestro ejército, enviados á una altura para ocu-



par cierta casa solitaria, se vieron de repente asaltados por dos compañías de soldados austriacos que, atacándoles por varios lados, apenas les dieron tiempo de refugiarse en la morada y reforzar precipitadamente la puerta, después de haber dejado algunos muertos y heridos en el campo. Asegurada la puerta, los nuestros acudieron á las ventanas del piso bajo y del primer piso y empezaron á hacer certero fuego sobre los sitiadores, los cuales, acercándose poco á poco, colocados en forma de semicírculo, respondían vigorosamente. Mandaban los sesenta soldados italianos dos oficiales subalternos y un capitán viejo, alto,

seco, severo, con el pelo y el bigote blancos; estaba con ellos un tamborcillo sardo, muchacho de poco más de catorce años, que representaba escasamente doce; de cara morena aceitunada, con ojos negros y hundidos, que echaban chispas. El capitán, desde una habitación del piso primero, dirigía la defensa, dando órdenes que parecían pistoletazos, sin que se viera en su cara de hierro ningún signo de conmoción. El tamborcillo, un poco pálido, pero firme sobre sus piernas, subido sobre una mesa, alargaba el cuello, agarrándose á las paredes para mirar fuera de las ventanas, y veía á través del humo, por los campos, las blancas divisas de los austriacos, que iban avanzando lentamente. La casa estaba situada en lo alto de escabrosísima pendiente, y no tenía en la parte de la cuesta más que una ventanilla alta, correspondiente á un cuarto del último piso; por eso los austriacos no amenazaban la casa por aquella parte, y en la cuesta no había nadie: el fuego se hacía contra la fachada y los dos flancos.

Pero era un fuego infernal, una nutrida granizada de balas, que por la parte de afuera rompía paredes y despedazaba tejas, y por dentro deshacía techumbres, muebles, puertas; arruinándolo todo, arrojando al aire astillas, nubes de yeso y fragmentos de trastos, de útiles, de cristales; silbando, rebotando, rompiéndolo todo con un fragor que ponía los pelos de punta. De vez en cuando, uno de los soldados que tiraban desde las ventanas caía dentro, al suelo, y era echado á un lado. Algunos iban vacilantes de cuarto en cuarto, apretándose la herida con las manos. En la cocina había ya un muerto con la frente abierta. El cerco de los enemigos se

estrechaba. Llegó un momento en que se vió al capitán, hasta entonces impasible, dar muestras de inquietud y salir precipitadamente del cuarto seguido de un sargento y llamar al tamborcillo, haciéndole seña de que le siguiese. El muchacho le siguió, subiendo á escape por una escalera de madera, y entró con él en una buhardilla desmantelada, donde vió al capitán que escribía con lápiz en una hoja, apoyándose en la ventanilla, y teniendo á sus pies sobre el suelo una cuerda de pozo.

El capitán dobló la hoja y dijo bruscamente, clavando sobre el muchacho sus pupilas grises y frías, ante las cuales todos los soldados temblaban:

—¡Tambor!

El tamborcillo se llevó la mano á la visera.

El capitán dijo:

—¿Tú tienes valor?

Los ojos del muchacho relampaguearon.

—Sí, mi capitán—respondió.

—Mira allá abajo—dijo el capitán llevándole á la ventana—, en el suelo, junto á la casa de Villafranca, donde brillan aquellas bayonetas. Allí están los nuestros inmóviles. Toma este papel, agárrate á la cuerda, baja por la ventanilla, atraviesa á escape la cuesta, corre por los campos, llega adonde están los nuestros, y da el papel al primer oficial que veas. Quitate el cinturón y la mochila.

El tambor se quitó el cinturón y la mochila, y se colocó el papel en el bolsillo del pecho; el sargento echó afuera la cuerda y agarró con las dos manos uno de los extremos: el capitán ayudó al muchacho á saltar por la ventana, vuelto de espaldas al campo.

—Ten cuidado—le dijo—; la salvación del destacamento está en tu valor y en tus piernas.

—Confíe usted en mí, mi capitán—dijo el tambor saliéndose fuera.

—Agáchate al bajar—dijo aún el capitán, agarrando la cuerda á la vez que el sargento.

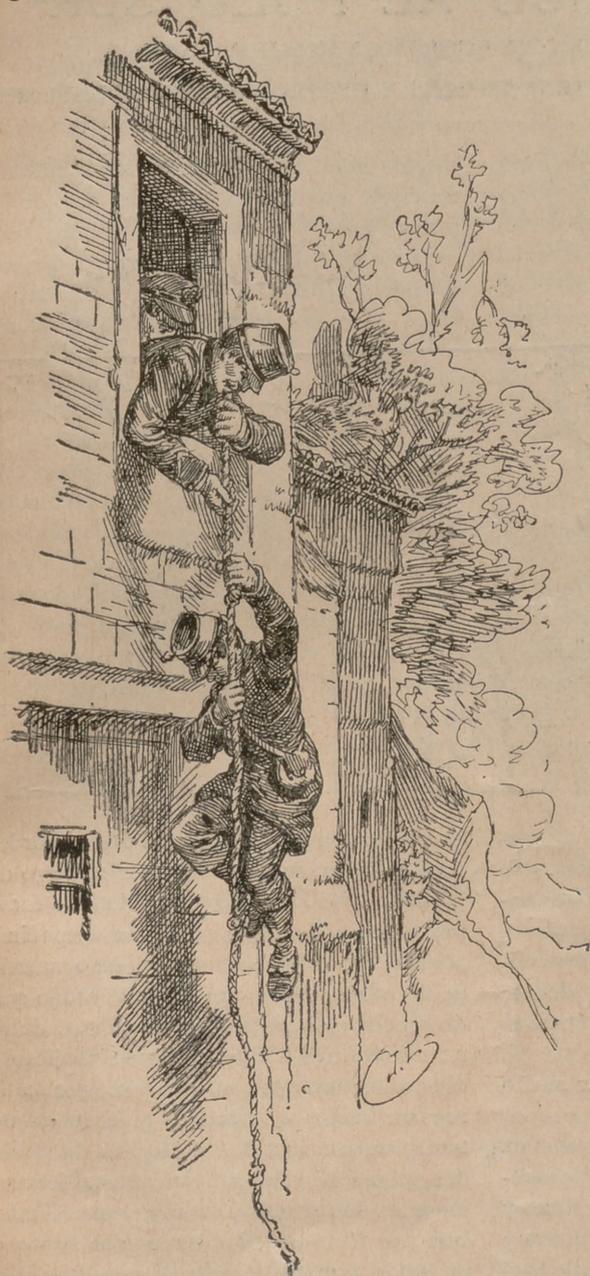
—No tenga usted cuidado, mi capitán.

—Dios te ayude.

A los pocos momentos el tamborcillo estaba en el suelo; el sargento tiró de la cuerda para arriba, y desapareció; el capitán se asomó precipitadamente á la ventanilla, y vió al muchacho que corría por la cuesta abajo.

Esperaba ya que hubiese conseguido huir sin ser observado, cuando cinco ó seis nubecillas de polvo que se destacaron del suelo, delante y detrás del muchacho, le advirtieron que había sido descubierto por los austriacos, los cuales tiraban hacia abajo, desde lo alto de la cuesta. Aquellas pequeñas nubes eran de tierra echada al aire por las balas. Pero el tambor seguía corriendo precipitadamente. Al cabo de un rato, exclamó consternado:—¡Muerto!—Pero no había acabado de decir la palabra, cuando vió levantarse al tamborcillo.—¡Ah, no ha sido más que una caída!—dijo para sí, y respiró. El tambor, en efecto, volvió á correr con todas sus fuerzas, pero cojeaba. Se ha torcido un pie—pensó el capitán. Alguna nubecilla de polvo se levantaba aquí y allá, en torno del muchacho, pero siempre más lejos. Estaba salvo. El capitán lanzó una exclamación de triunfo. Pero siguió acompañándolo con los ojos, temblando, porque era cuestión de minutos. Si no llegaba pronto abajo con la esquila en que pedía inmediato socorro, todos sus soldados caían muertos, ó tenía que rendirse y caer prisionero con ellos. El muchacho corría rápidamente un rato; después detenía el paso cojeando; luego tomaba carrera de nuevo, pero á cada instante necesitaba detenerse.—Quizá ha sido una contusión en el pie por una bala—pensó el capitán. Y reparaba temblando todos sus movimientos; y excitado, le hablaba como si pudiese oirlo. Medía incesantemente con la vista el espacio que mediaba entre el muchacho que corría y el círculo de armas que veía allá lejos, en la llanura, en medio de los campos de

trigo, dorados por el sol. Entretanto oía el silbido y el estruendo de las balas; en las habita-



ciones de abajo, las voces de mando y los gritos de rabia de los oficiales y sargentos; los agudos lamentos de los heridos, y el ruido de los muebles que se rompían y del yeso que se desmoronaba. — ¡Ánimo! ¡Valor! — gritaba, siguiendo con la mirada al tamborcillo que se alejaba. — ¡Adelante! ¡Corre! ¡Se para!... ¡Maldición! ¡Ah, vuelve á emprender la marcha! —. Un oficial sube anhelante á decirle que los enemigos, sin interrumpir el fuego, ondean un pañuelo blanco para intimar la rendición. — ¡Que no se responda! — gritó el capitán, sin apartar la mirada del muchacho, que estaba ya en la llanura, pero que no corría ya, y parecía que desalentaba al llegar. — ¡Anda!... ¡Corre!... — decía el capitán apretando los dientes y los puños —: desángrate, muere, desgraciado, pero llega. — Después lanzó una imprecación horrible. — ¡Ah! El infame holgazán se ha sentado. El muchacho, en efecto, que hasta entonces se le había visto sobresalir la cabeza por cima de un campo de trigo, se había perdido de vista, como si se hubiese caído. Pero al cabo de un momento, su cabeza volvió á verse fuera: al fin se perdió detrás de los sembrados, y el capitán ya no lo vió más.

Entonces bajó impetuosamente: las balas llovían; los cuartos estaban llenos de heridos, algunos de los cuales daban vueltas como borrachos, agarrándose á los muebles; las paredes y el suelo estaban

teñidos de sangre; los cadáveres yacían en los umbrales de las puertas; el teniente tenía el brazo derecho destrozado por una bala; el humo y la pólvora lo envolvían todo.

(Ilustraciones de Cuevas.)

(Se continuará.)

EDMUNDO DE AMICIS.

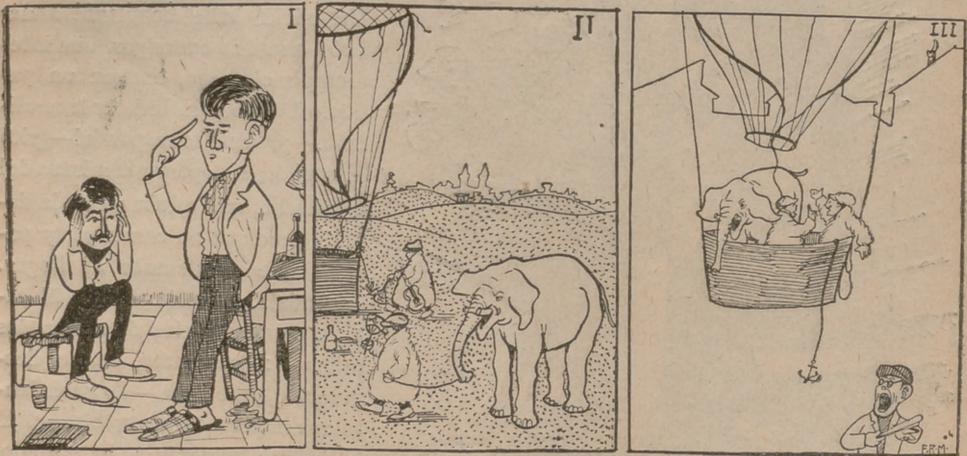
VIAJE CÓMICO AL POLO SUR

REALIZADO POR DOS ESTUDIANTES MADRILEÑOS Y UN ELEFANTE ANDALUZ.

QUE ES QUIEN CUENTA LAS TERRORÍFICAS Y ESPELIZNANTES AVENTURAS

NICÉFORO González y Espiridión Martínez, estudiantes madrileños de la clase de libres, se propusieron hacer una excursión al Polo Sur, y como eran dos *pozos de ciencia*, se les ocurrió que cuantas tentativas se habían hecho para conseguir este fin eran solemní-

catorce horas y cincuenta y dos minutos y medio de una nubosa tarde del mes de Junio, en que no llovía, pero le faltaba poco (cosa de unos dos meses). El globo, que mal medido (vamos, como suelen medir las telas) tendría unos 70 centímetros de altura,



simas sandeces. Ellos idearon un modo más sencillo y práctico para llegar al Polo. ¿No es redonda la tierra?—pensaron—, pues colocándonos en un punto dado y esperando, como da vueltas, alguna vez nos colocará encima del Polo, ó el Polo se colocará debajo de nosotros. Y tal como lo habían pensado lo hicieron.

Prepararon un globo dirigible por medio de la palabra; me adquirieron de lance (por ser inmejorable para caminar por encima del hielo sin que se enfríen los pies); proveyéronse de gabanes rusos, gorras rusas y abanicos japoneses; armáronse de guitarra y ocarina, y después de embanastar en la barquilla una lata de sardinas y una botella de agua oxigenada, nos lanzamos al espacio á las

elevóse con gallarda majestad á los acordes de la jota aragonesa tocada por el ciego de las cañas. Nicéforo quería que el globo fuese por la calle de Fuencarral para despedirse por todo lo alto de un amigo suyo natural de Navalagamella; pero Espiridión dijo que en aquella calle vivía un sastre al cual debía un terno y dos ambos; hubo su miajita de discusión, mas como no es lógico que se tiren los trastos á la cabeza quienes en tal trance se han metido, se dejó la dirección del globo á mi voluntad elefantuna. Momentos antes de partir el montgolfier para Chamberí por Hortaleza, los aeronautas lanzaron un adiós al mozo de cuerda que dormitaba en la esquina.

(Dibujos de Ramirez.)

(Se continuará.)

asustado que parecía se hubiese topado con el diablo.

—¿Qué sucede? ¿Qué tienes?—preguntóle la mujer del labrador.

Y asustada porque aún no había vuelto Susana del patatús, gritó:

—¡Rosa! ¡Rosa!

Rosa acudió al llamamiento de su ama y entre las dos lograron levantar á Susana; en cuanto al pan no había esperanza de poderlo utilizar.

—Pedro ¿por qué no vienes á socorrer á Susana?—gritó Rosa.

Pero el zagalón no cesaba de hacer signos extraños.

—¿Qué ocurre aquí?—preguntó el labrador entrando—. ¿Qué tiene Susana? ¿Qué te sucede, Pedro? Esto es inexplicable. Parece que todo se conjura hoy contra mí. Me roban las peras... me estropean el huerto... el toro hiere al perro y luego él rompe el vallado, y medio si se estrella en un aserradero... Vengo á buscar auxilio para sacarle de allí y me encuentro con Susana medio muerta y á Pedro como si estuviera poseído de Satanás.

—¡Y lo estoy, mi amo, y lo estoy!

Susana volvió en sí y comenzó á gritar:

—¡El demonio!... ¡El demonio!... ¡Le ví en el pozo!... ¡Y también le ví Pedro!

—¡Sí que le ví, mi amo, sí que le ví!

—¡En el pozo!—exclamó el labrador—Veamos qué sucede—y corrió hacia allá.

En el pozo vió que el cubo estaba abajo y la cadena desenrollada del torno.

Juan, que estaba mirando hacia arriba en espera de que alguna alma buena le sacase de allí, observó que se verificaba un eclipse, y como no podía obedecer á otra causa que á la proximidad de una persona, gritó:

—¡Aquí estoy! ¡Sáquenme de aquí, que padezco reuma articular y me estoy muriendo!

Y en esto último decía verdad; porque si bien el valor no le había faltado, las fuerzas disminuían progresivamente.

—¡Demonio—exclamó el labrador—alguno se ha caído al pozo! Decididamente hoy es día de desgracias. En fin, no hay más remedio que sacarle, porque si el toro me cuesta los cuartos y está en peligro, no sería cristiano dejar á una persona en el pozo mientras acudía en socorro de un animal. Llamaré á los aserradores.

Vinieron éstos y agarrándose al torno dijeron á Juan:

—¡Sujétese usted bien!

—Descuiden, que soy un eslabón más de la cadena.

Dieron vueltas al torno, y al poco rato encontróse Juan en brazos de los aserradores.

—¡O yo estoy tonto ó éste es el joven que me estaba robando las peras! Sin embargo, como el robo de unas cuantas peras no merece la muerte, llevadle á mi casa, que está medio muerto de frío; cosa que nada tiene de particular, porque ya sabéis lo fresca que hace el agua este pozo.

El labrador, seguido de los hombres que transportaban á Juan, dirigióse á su casa, y ya en ella dió al *náufrago* una copa de coñac para reanimarle; cosa que consiguió en seguida.

Cuando el joven estuvo en su estado normal refirió cuanto le había ocurrido.

El labrador le interrogó:

—¿Cómo se llama usted?

—Juan Franco.

—¡Juan Franco! ¿Acaso es usted hijo del Sr. Nicodemus Franco?

—Sí, señor.

—¡Cuánto me alegro! Su padre de usted es mi arrendador, y si he de ser justo no puedo quejarme de él. ¿Por qué no lo dijo usted cuando estaba subido en el árbol?

Podría usted haber cogido tranquilamente cuantas peras hubiese querido, y hasta comerse toda la fruta que hay en el huerto.

Juan, que había bebido otra copa de coñac y estaba un poquito locuaz, le dijo:

—Amigo del alma, esto puede servirle de aviso para escuchar al hombre que se proponga discutir. Si usted se espera á oír mis argumentos, yo le hubiese convencido de que tenía tanto derecho á las peras como usted; pero en lugar de hacer ésto envió usted á buscar el perro; el perro fué atacado por el toro; el toro se rompió una pata en el aserradero; las colmenas están destruídas; la masa del pan inutilizada, y si mi traje no fuese de legítimo paño inglés, yo no estaría ahora presentable. Y todo ello ¿por qué? Por que usted no quiso discutir el punto que había sobre el tapete, es decir, sobre el árbol.

—Señor Franco, podrá ser cierto que haya sido la causa de todas esas desgracias el que yo no me prestara á discutir ese punto; aunque como arrendatario que soy de su señor padre, dificulto que pudiese usted demostrarme que no tengo derecho á esas peras que se ha comido; pero si yo hubiese admitido como buenos sus argumentos ¿habría resultado la cosa mejor? Teniendo usted dinero para comprar todas las peras de mi huerto, se subió á cogerlas al árbol sin mi permiso; no pudo usted bajar á causa del perro; fué usted echado al alto por el toro; picado por las abejas; caído en el pozo... y expuesto, en fin, varias veces á ser muerto por unas cuantas peras que no valen un real.

—Todo eso estaría muy en su punto si yo no hubiese estado defendiendo los derechos del hombre, que es la tarea que nos está encomendada á los filósofos.

—Dispense usted; pero yo no sabía que los filósofos se dedicasen á hurtar peras.

Y en cuanto á los derechos del hombre, no pensé que pudiese defenderlos quien se dedica á hacer mal por gusto.

—Usted no sabe ni jota de filosofías.

—Es verdad; y ya soy demasiado viejo para aprenderlas. Lo único que puedo añadir es que el huerto y la casa están á su disposición, y que en ellos puede hacer cuanto se le antoje aunque sea en contra de lo regular y poniéndolo en acción el refrán que dice «no hay fruta más sabrosa que la cogida en el cercado ajeno». El carro está enganchado y esperando á la puerta para conducir á usted á casa de sus padres á quienes ruego ofrezca mis respetos.

Juan, que en aquél momento prefería la cama á todos los argumentos, optó por dar las buenas noches al hortelano y dejarse conducir á su casa. Ya en ella y re- puesto un tanto de las peripecias, comenzó á sentir de tal suerte las picaduras de las abejas que puso en conmoción á la familia. Pronto compareció el doctor Middleton, que enterado de la causa de tales quejidos recetó un calmante. Después y á instancias de la madre pulsó á Juan, y como le encontrara febril ordenó que estuviese unos días en cama y á dieta rigurosa.

Al cabo de quince días Juan estaba perfectamente y en disposición de argumentar con su mismo padre si preciso fuera. Pero se había formado un plan que luego diremos porque ahora es preciso aclarar algunos detalles para el mejor conocimiento de los sucesos.

Cuando Juan volvió á su casa medio deshecho, halló con sus padres al capitán Wilson, pariente lejano que de cuando en cuando les hacía una visita, porque vivía bastante lejos, y como la paga era pequeña y grandes las atenciones de familia, no podía gastar mucho las botas. Habien-

do logrado que le confiasen el mando de una corbeta de guerra, y no teniendo recursos para dejar á su familia mientras estaba ausente, vino á pedir al Sr. Franco un pequeño préstamo, mientras con el aumento de su paga y el derecho de las presas que realizara estuviese nivelado su presupuesto.

El Sr. Franco, que era incapaz de negarse á tal petición teniendo bien provista su caja, dió al capitán una letra de mil libras que le abonaría su banquero; dejando á su discreción el pago.

El capitán se empeñó en firmarle un recibo en que se comprometía á pagar las mil libras en cuanto cobrase las primeras presas; pero el Sr. Franco hizo pedazos el recibo.

Concluído este asunto el capitán dió un abrazo á su pariente y se despidió. Al bajar se encontró con Juan, y después de los saludos de rúbrica retiróse éste á la cama, porque los dolores no le dejaban tenerse en pié.

Aunque á los catorce años no somos muy aficionados á reflexionar, un joven que está en la cama ocho días necesariamente tiene que pensar en algo; con mayor motivo si como Juan tiene hinchados los ojos y no puede leer. Y Juan pensó lo que más adelante veremos.

Dejó la cama al octavo día y dirigióse al salón, donde refirió á sus padres con toda suerte de detalles cuantas peripecias le habían ocurrido.

—Ahí veras—le dijo su padre—toda la verdad de cuanto te he dicho. El mundo está desnaturalizado por lo que han dado en llamar pacto social, y la falange que le sostiene y que contribuye con parte de presión injusta á la seguridad del resto, es tan poderosa, que ha de ser un mártir quien se oponga á sus injusticias. Cierto que la verdad, por sublime que sea, exige

mártires para obtener el triunfo, y yo, como Abraham, á quién tuve siempre por un gran filósofo, estoy dispuesto á sacrificar á mi hijo único en pro de tan noble causa.

—Eso está muy bien de parte de usted; pero en cuanto á mí... Padre, discutamos un poco ese punto. Si usted es un gran filósofo al modo de Abraham, yo no soy un hijo tan obediente como Isaac, cuya sumisión ciega, no está, en mi concepto, dentro de los deberes del hombre; son palabras de usted.

—Continúa.

—En el corto espacio de cuarenta y ocho horas, y por pregonar las doctrinas de usted, *los derechos del hombre*, me han quitado la caña y los peces, me han arrojado al estanque, he estado en peligro de ser destrozado por un perro, me volteó el toro, me picaron las abejas, caí dos veces al pozo... Y si esto me sucede en dos días ¿qué no me sucederá en un año?

El Sr. Nicodemus no tuvo argumentos que oponer. Juan continuó:

—Paréceme una imprudencia querer inculcar nuestras doctrinas á ciertas personas cuyo principal argumento es el garrrote, como he podido observar que ocurre entre la gente de campo, pero he pensado que si la propiedad rústica no está sino en manos de unos cuantos, tal vez no ocurra lo propio con las aguas del mar. A nadie he oído decir que le corresponda tal ó cual parte de mar; cada uno puede andar por donde le place y pescar donde le acomoda, sin que nadie le moteje de intruso. Y pues sólo en las aguas puede encontrarse esa igualdad de derechos que usted pregona, he resuelto no volver al colegio y lanzarme al mar á propagar nuestras filosofías, nuestras doctrinas de igualdad.

—Siento contrariarte, pero no puedo

consentir que seas marino; debes volver al colegio, y mañana mismo.

—Pues yo, invocando la igualdad de derechos, afirmo que no volveré al colegio y seré marino. ¿Quién podrá evitarlo? ¿No nací para poder ejercitar mis acciones? Si todos somos iguales, según usted me ha enseñado, ¿quién tiene derecho á dictarme órdenes? ¿No me corresponde una parte de mar como á cada uno de los mortales?

Y dando una patada en el suelo:

—Sí, señor—continuó—: estoy en perfecta igualdad con todo el mundo.

Aplastado el Sr. Nicodemus con sus propias doctrinas, con los argumentos de que á cada paso se valía, y entre la disyuntiva de sacrificarlos ó acceder á los deseos de Juan, optó por esto último y dijo al muchacho:

—Bueno; serás marino si lo deseas.

—Por supuesto—observó Juan con aire de conquistador—; la cuestión es con quién voy al mar. ¡Ah! Se me ocurre una idea: habiendo sido nombrado Wilson para mandar una corbeta, lo natural es que me embarque con él.

—Le escribiré, hijo mío; pero antes hubiera querido examinar su cabeza.

Así quedó arreglado todo. La respuesta de Wilson, como era de esperar, fué aceptando á Juan y prometiendo que le trataría como á hijo suyo.

El pequeño filósofo montó á caballo y se dirigió al colegio del Sr. Bonnycastle. Después de cambiar los saludos con el profesor, le espetó la noticia á boca de jarro:

—Voy á ser marino.

—Es lo que más te conviene—le dijo el profesor sin inmutarse.

Cuando volvió á su casa encontró en ella al doctor, al cual espetó la noticia en igual forma:

—Señor Midleton, voy á ser marino.

También obtuvo la misma respuesta:

—Es lo que más te conviene.

Y como deseaba que alguien le llevara la contraria para exponer sus argumentos, se dirigió á su madre:

—Voy á ser marino, madre.

Entonces estalló la bomba:

—¡Tú marino! ¡Mi hijo meterse en un barco! ¡Separarse Juan de mi lado! No, no; no lo puedo consentir.

—Papá ha consentido y me prometió conseguir tu permiso.

—¡Mi consentimiento!... ¡Oh!... ¡Qué cruel es tu padre!—y rompió á llorar amargamente.

CAPÍTULO VII

JUAN RECIBE SU PRIMERA LECCIÓN ACERCA DEL CELO QUE DEBE PONERSE EN EL SERVICIO DE SU MAJESTAD.

El pequeño filósofo se despidió de sus padres y emprendió el camino de Portsmouth. Llevaba bastante dinero en el bolsillo, y con la satisfacción que le producía verse dueño de sus acciones, no se acordaba de presentarse en el buque. Cuatro ó cinco amigos de esos que brotan de la tierra en todas partes al arrimo de los que tienen dinero, ayudaban á fomentar aquella pereza por la cuenta que les tenía. Así es que estuvo tres semanas en Portsmouth sin que nadie supiese su llegada.

Al fin el Sr. Wilson recibió una carta del padre de Juan en que le preguntaba por su hijo y le decía en la fecha que había salido de su casa.

Sorprendido el capitán de que aún no se hubiese presentado, envió á su primer teniente á buscarle, temeroso de que le hubiera ocurrido algún accidente.

El Sr. Sawbridge, primer teniente de la

CURIOSIDADES

Los ventisqueros de los Alpes

No existe en la Naturaleza espectáculo que produzca sensación de más infinita paz que el de los ventisqueros alpinos. En contraste sorprendente con el mar, siempre agitado,

Por el contrario, en las regiones polares, donde, crecidos por las formidables nevadas, los ventisqueros alcanzan enormes proporciones, su velocidad es mayor. Empieza, á veces, por ser de 38 metros al día; pero la rapidez de su marcha va aumentando, hasta precipitarse en el mar, donde flotan. Estos bloques colosos, que se conocen con el nombre de *icebergs*, se elevan 60 ú 80 metros sobre el nivel del mar; la altura del Pantheon. Y siendo la parte que emerge próximamente la octava de su altura, puede calcularse su espesor de 480 á 640 metros. Un caramelo polar.



siempre peligroso, esas nieves eternas é inmóviles, renovadas sin cesar en un perpetuo invierno, parecen brindarnos un asilo lleno de serenidad y quietud.

¡Apariencia engañosa! Los ventisqueros, suspendidos en las laderas de los altivos montes, se hallan en movimiento constante; y á veces, como sacudidos por gigantescas y misteriosas cóleras, se precipitan, engendrando catástrofes terribles.

De ordinario, su movimiento de descenso hacia los valles, donde se funden, es muy lento. Algunos centímetros por día. De 94 á 158 metros por año. Un bloque de hielo emplea de siete á once años en recorrer un kilómetro. Como se ve, batan á nuestros trenes el *record* de la lentitud.

La formación de los *icebergs* constituye un espectáculo terrorífico. El desgajamiento del bloque, su descenso, van acompañados de detonaciones más horribles que las del trueno. A su caída en el mar, éste, conmovido, se estremece, levantando olas monstruosas, penachos de espuma gigantescos. Se creería asistir á algún cataclismo, precursor del fin del mundo.



Este avance hacia las llanuras, lento ó precipitado, de los ventisqueros, ocasiona incidentes, á veces cómicos, mas á menudo trágicos. Unos y otros han servido á los campesinos para medir aproximadamente la fuerza de su marcha, antes que los sabios lo hicieran con instrumentos de precisión.

En 1876, un alpinista italiano descendía de una de las cumbres del monte Rosa. El sol, que se reflejaba sobre el hielo, hacía la temperatura intolerable. Y el viajero, para marchar con más comodidad, se quitó su gabán, confiándose al guía. De repente, el alpinista resbala y se desliza hacia un precipicio; lánzase el guía en su socorro y logra detenerle sobre la pendiente mortal. Pero en su precipitación deja caer el gabán al fondo de una grieta. Diez y seis años después, el ventisquero restituía la prenda, después de haber recorrido 1.100 metros. Loable prueba de honradez.

Otra restitución. El 12 de Octubre de 1866, el capitán inglés Mr. Azkwright, acompañado de cinco hombres, trepaba por el Alpe gigante, cuando se oyó un crugido espantoso encima de ellos y una avalancha cayó sobre los intrépidos ascensionistas. Cuando se disipó la espesa nube de albísimo polvo levantado por el desprendimiento, se vió que sólo dos hombres quedaban en pie. El Alpe había hecho tres víctimas, una de ellas el capitán mister Azkwright.

Al conocer la catástrofe la madre del infortunado viajero, que impaciente esperaba su vuelta en Chamonie, gimió desesperada:

—¡Pobre hijo mío! Mi único consuelo es que tiene por tumba el más magnífico monumento de la tierra.

Pero aun este consuelo faltó á la afligida madre. A los treinta y un años la grandiosa tumba se abrió para restituir su víctima.

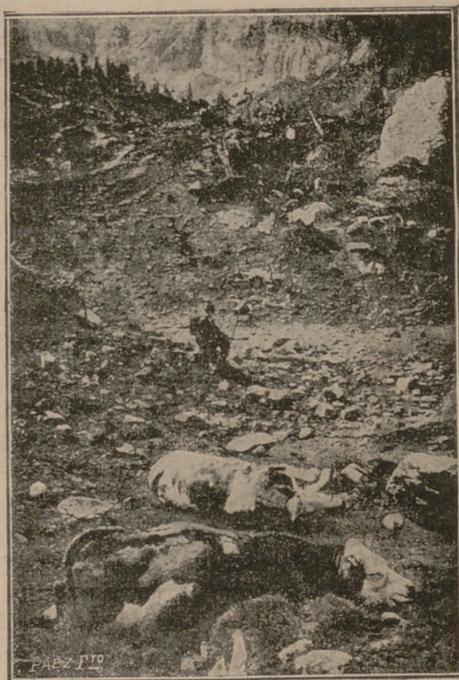
El cuerpo se hallaba en buen estado de conservación. A él se adherían trozos de vestidos intactos. Apenas removido el hielo, en torno de estos lúgubres despojos se encontraron un reloj y un pañuelo, cuyo bordado azul estaba intacto. Por él se identificó el cadáver.



La marcha de los ventisqueros reproduce todos los fenómenos de la del agua. Como los ríos, tienen aquéllos una corriente más rápida en su parte media que en sus orillas, y en la superficie que en el fondo. Y al igual que los ríos crecidos por las lluvias abundantes se desbordan, los ven-

tisqueros, alimentados por nevadas copiosas, salen de su cauce y cubren las tierras vecinas. La enorme masa helada avanza pesadamente, lentamente, aplastándolo, pulverizando todo. Se extiende sobre una pradera y labra el suelo como un arado fantástico, destruye su jugoso verdor y, cuando años más tarde el hielo desaparece, queda la tierra transformada en una landa estéril. Si encuentra un bosque, el ventisquero lo desarraiga y machaca los árboles añosos como si fueran cerillas.

Y aún pueden producir más graves accidentes estas avenidas glaciales. El hielo fun-

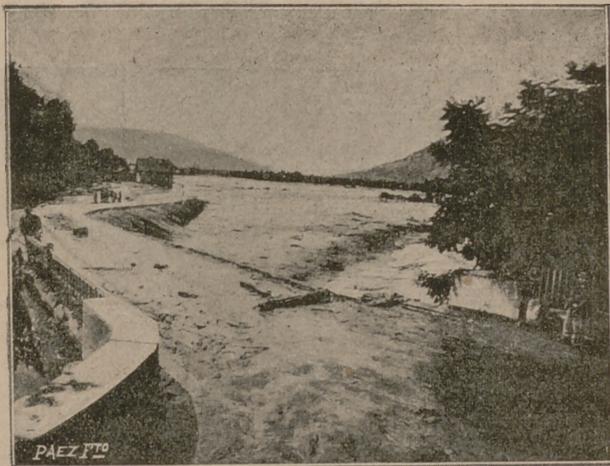


dido va formando lagos, contenidos sólo por los mismos muros helados, cada vez más débiles. Sobre los valles queda suspendida esta espada de Damocles. Si al fin el dique cede por el calor, una enorme avalancha de agua y hielo se precipita en la llanura. La enorme catarata lo arrolla todo á su paso: pueblos, bosques, campos, rocas... Todo lo arrastra. Y formando con tantos despojos una muralla in-

mensa y movediza, aumenta la desolación. La catástrofe, por lo terrible, rememora la del Diluvio. Por muchos años extensiones inmensas quedan estériles y malditas.

Y por fin, los bloques de hielo se desprenden y ruedan por los escarpados montes, aplastando hombres, ganados y casas. Bloques enormes de 13 millones de metros

cúbicos que, al pararse al pie de una montaña, forman allí una colina de 700 metros de larga, 300 de ancha por 45 de altura. Cuya caída produce una tromba de viento que arrebatara cuanto encuentra. Témpanos de cien kilogramos son lanzados á dos kilómetros, y las mismas casas, arrancadas de sus cimientos, llevadas, con sus habitantes, á un kilómetro de su primitiva situación. ¡Ori-



ginal mudanza! ¿Y cuál es, después de todo, la causa de tanta ruina? Un átomo impalpable. El copo de nieve. El es quien tala los bosques y hace desaparecer las ciudades. Ejemplo maravilloso de la potencia que adquiere, á través de las transformaciones y multiplicaciones impuestas por la Naturaleza, lo infinitamente pequeño.

— ❖ ❖ ❖ R I M A ❖ ❖ ❖ —

CUANDO miro el azul horizonte
perderse á lo lejos,
al través de una gasa de polvo
dorado é inquieto,
me parece posible arrancarme
del misero suelo,
y flotar con la niebla dorada
en átomos leves
cual ella deshecho.

—
Cuando miro de noche en el fondo
oscuro del cielo
las estrellas temblar, como ardientes

↓

pupilas de fuego,
me parece posible á dó brillan
subir en un vuelo,
y anegarme en su luz, y con ellas
en lumbre encendido
fundirme en un beso.

—

En el mar de la duda en que bogo
ni aun sé lo que creo;
¡sin embargo, estas ansias me dicen
que yo llevo algo
divino aquí dentro!...

GUSTAVO A. BECQUER

LAS OCHO MARAVILLAS DEL MUNDO (1)

Los jardines colgantes de Babilonia

Si las Pirámides se deben á la soberbia y el orgullo de los reyes, y el Faro de Alejandría á un rey amante de sus vasallos y protector del comercio, los jardines colgantes de Babilonia se deben al capricho de una mujer, mezcla de diosa y de personaje carnal, á Semíramis, cuya figura aparece nimbada por la leyenda antigua.

Semíramis, ó *Schamiram*, que significa paloma en lengua siriaca, fué hija de una sacerdotisa de Asiria, y apenas nacida expuesta en agreste bosque para que la devorasen las fieras; mas el destino la tenía dedicada á mejores fines, y las palomas cuidaron de su subsistencia hasta que fué recogida por el pastor Simas, perteneciente al real servicio. Vióla un día el intendente, y prendado de su hermosura la llevó á palacio, donde se casó, apenas cumplió la edad necesaria, con Oarenes, oficial del rey Nino y gobernador de la Siria. Empeñada por el monarca una campaña, siguió Semíramis á su marido, logrando con su valor la toma de Bactres; poco después casóse con Nino, de quien se desembarazó haciéndole

asesinar de una manera cruel y despiadada. Dueña absoluta del imperio y en posesión



de cuantiosas riquezas, reedificó, según unos, y fundó, según otros, la más bella ciudad del Oriente: Babilonia.

(1) Véanse los números 28 y 30.

Pero aquello no era bastante á satisfacer los caprichos de aquella neurasténica. Quería hacer algo colosal, estupendo, grandioso, que legase su nombre á la posteridad á través de los siglos, y entonces surgieron los jardines colgantes, considerados como la tercera de las maravillas, aunque no existe rastro alguno de ellos.

Constituía los jardines un cuadrilátero, cada uno de cuyos lados medía 120 metros, formado por terrazas superpuestas unas sobre otras en forma de anfiteatro y sostenidas por columnas. La terraza superior se elevaba á 50 metros de altura.

Las plataformas de las terrazas estaban compuestas de grandes bloques de piedra

cubiertos de un lecho de caña mezclada con betún. Sobre este lecho había una doble hilada de briquetas cocidas, que, á su vez, estaban cubiertas de plomo, y sobre éste se extendía una capa de tierra suficientemente gruesa para recibir las mayores plantaciones. Los árboles, los macizos de las más raras flores embalsamaban el ambiente, refrescado por multitud de surtidores y arroyuelos, y cuando los moradores de Babilonia padecían los rigores del abrasador Febo, hallaban consuelo acordándose de que allí arriba, en el jardín-jaula, Semíramis paseaba entre el aroma de las flores y el frescor de las aguas, seguida de su corte de aduladores, que no pensaban en los esclavos de abajo.

CUENTOS DEL CONCURSO (1)

HISTORIA DE UNA ALMENDRA

¿Qué bien estaba dentro de la caja perfumada, allí sobre el piano, recibiendo el resplandor de las luces que resbalaban sobre su pulimentado vestido de azúcar!

¡Cómo había adelantado en su carrera; ella no era la almendra vulgar que machaca entre ajos y pimienta la tosca cocinera, ni la que ofrece la desabrida horchata á los enfermos; era la aristocrática, la dulce, la perfumada peladilla!

Recordaba su nacimiento. En el campo donde vivía su padre, el almendro, había muchos individuos de su familia; y todos tenían una gran afición á figurar y engalanarse; mientras las higueras sólo presentaban anchas hojas y los olivos un verde negruzco, ellas se cubrían de flores blancas y ligeramente rosadas.

Un hálito fecundante parecía desprender-

se de ellos... los pétalos de las flores empezaban á caer formando una blanca alfombra alrededor del añojo almendro; de eso recordaba ella haber visto algo en su infancia; muchas de aquellas flores caían marchitas; pero otras formaban en su ovario el preciado fruto.

Poco á poco se fué convirtiendo en ahora; era muy delicada, primero cristalina acuosa; después se cuajó quedando blanca y tierna, envuelta en su manto dorado claro, dentro de su cáscara fibrosa y en la envoltura verde... ¡Ah! ¡Estaba bien guardada!

Después vino la madurez, su envoltura se puso color *beig* (como diría un revistero de modas), su cáscara se hizo dura, y la cubierta verde se abrió como si quisiera dejarla salir; se aburría.

Al través de sus poros veía el sol y el cielo, entraba el aire y escuchaba los mil ruidos con que el campo forma su extraña melodía.

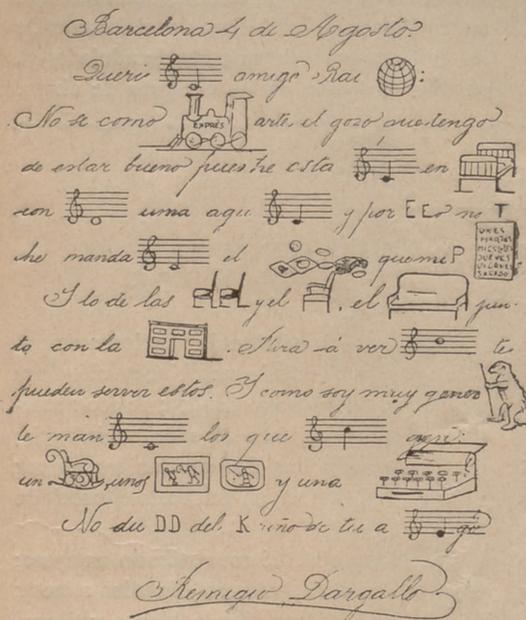
(1) Véase el anuncio en el número 23.

Algunas de sus compañeras se escapaban y caían al suelo envueltas entre hojarasca y pétalos secos.

¡Con qué placer las cogían los pilluelos del pueblo y las partían entre dos piedras! *Crac* hacían sus cáscaras, y *crac* repetían sus cuerpos triturados por aquellas bocas insaciables...

¡Cuántos esfuerzos hizo la pobre por no caer y sufrir tan triste suerte! Es verdad que

CARTAS ILUSTRADAS



algunas escapaban y permanecían enterradas al pie del árbol. ¡Qué vida tan oscura!

Por fin un día llegaron una porción de mozos y mozas con mucha algazara; ellos con grandes garrotes daban enormes pales á su padre que gemía desprendiéndose de los almendros de las hojas y hasta de pedazos de ramas.

Las almendras caían á tierra y las mozas las cogían echándolas con regocijo en gran-

des espuertas de esparto, mientras ellos, con brazo de hierro, seguían golpeando sin piedad. ¡Qué bárbaros!

Luego las apiñaron en un rincón de la gran cocina de arco; un candil de aceite se colgó sobre ellas... era insufrible su olor de pavesa y su suciedad; continuamente dejaba caer gotas negruzcas que las manchaban; ella hacía esfuerzos por escurrirse al centro del montón.

Allí la despojaron de su cáscara verde y la echaron á un lado con otras muchas ya desnudas y expuestas á la vergüenza; al través de la cáscara se veían tan bellas que se consolaban de su desnudez.

La alegre turba de gente moza desapareció después de terminada la tarea, y dos viejos se entretenían en hacer la selección... á un lado la almendra menuda, á otro la escogida; ella era de las más hermosas y estuvo á punto de ser echada á un tercer montón: el de las almendras para sembrar... ¡Qué miedo pasó! Gracias que pudo escapar á los temblorosos dedos del viejo y ocultarse entre las otras.

La asustaba todavía la idea de ser enterrada, podrida; convertirse en raíz y tronco para ser luego un almendro apaleado, repartiendo su savia en aquellas estúpidas florecillas, en aquellas frutas para regalo de otros... sufrir los dolores de la maternidad. ¡Qué horror! Ya sabía ella sin haberlo leído que en la eterna renovación la vida se engendra de la muerte. Se lo había enseñado la Naturaleza...

Las echaron en sacos y las vendieron. Muy largo le pareció el tiempo que estuvo en ellos, temía ponerse rancia. Las sacaron para partirlas; otra vez la burla y chacota de la gente moza y el continuo *crac, crac* de los dientes al mismo tiempo que el *crac, crac* de los martillos.

¡Cuántas se comieron y cuántas hicieron pedazos! Algunas tenían la cáscara blanda,

muy fáciles de partir, y se rompían casi todas:

Ella tuvo la suerte de ser golpeada con suavidad, y en la nueva selección la arrojaron en la caja de las *superiores*.

Tuvieron muy distintas suertes; unas fueron estrujadas hasta convertirlas en aceite, otras se machacaron para dulces y pastillas, algunas se confundieron con las plebeyas almendras amargas, y á muchas las tostaron hasta quemarlas; ella tuvo también que padecer; pero siempre para mejorar de suerte.

Sufrió dos bárbaros martirios; la metieron en agua hirviendo para quitarle la piel... y salió blanca, limpia, deslumbrante, como dama de casa de un peluquero.

Luego un fuego lento le dió un rubio encantador, y, por último, un baño de azúcar de lo más fino y perfumado la convirtió en la aristocrática peladilla.

La pusieron en la linda cajita, y descansando sobre su lecho de mullido raso veía desde el escaparate las miradas codiciosas de que era continuamente objeto.

Un día un joven elegante tomó la caja de entre las otras y la pagó en buena moneda de oro. ¡Lo qué valían! Por poco descascari-lla el baño con la hinchazón de su vanidad satisfecha.

El caballero la condujo á un salón, y una bonita mano levantó la tapa. ¡Dios santo! ¿Qué mujer tan hermosa! Un cútis blanco como el suyo cuando era ayora, unos bucles de oro, como su primitiva piel; una boca de rosa y unos ojos del azul del cielo. ¿Qué más dicha que pertenecer á aquella criatura?

Para incitar más su interés la joven no la miró con codicia; sin duda tenía abundancia de golosinas; la puso sobre el piano, y allí permaneció más de un mes.

Algunas noches la joven tocaba y cantaba con voz de ángel, y al acabar solía introducir su manecita en la caja y llevar á los labios una almendra.

Entonces la de nuestra historia temblaba

de ambición, aquel era el destino anhelado, ella **no** había querido ser árbol y perpetuarse en miles de almendras; quizá en aquel instante una gota de aceite de sus hermanas calmaba un dolor, ó una horchata refrescaba la ardiente sed de un enfermo; pero su destino no era ese, era brillar é inmolarse en aquel medio deslumbrante, para aquella criatura semi-divina.

Una noche su ama la tomó en la mano, al contacto de su piel la peladilla tembló de orgullo y de miedo. ¿La iría á regalar?

Su indecisión duró poco, la bella la introdujo en su linda boca... y *crac* hicieron, no sé si los dientes de la hermosa ó el estallido de orgullo de la *almendra*.

Lema: «COLOMBINITA.»

(Quinto de los admitidos.)

Correspondencia

Mariano Albarrán.—Palencia.—Se publicarán.

Felisa Pérez.—Madrid.—Muy bien.

Gil Farrán.—Barcelona.—Admitidos.

Remigio Dargallo.—Idem.—Una de sus historietas, que por cierto me gusta, recuerdo haberla visto, si no igual, al menos muy parecida. Veo con mucho gusto que va usted afinando en los dibujos. Haga menos y piense más el asunto, que usted tiene condiciones.

Rosario Alvarez.—Pravia.—No tiene el cuento tantas faltas como usted dice; al contrario, tiene muy pocas. Pero está flojillo... Envíe otra cosa, que yo espero ha de ser usted de los nuestros.

José Codali.—La Línea.—Los trabajos, escritos en cuartillas por un solo lado y dentro de un sobre *abierto* franqueado con un cuarto de céntimo y poniendo *original de imprenta*.

LISTA DE SUSCRITORES

(Continuación.)

Celso de Castro.—Teresa de Larra.—Teresa Montaner.—Mariano Marro.—Teresita é Isabel Alfonso Olivares.—Nieves Pi.—Eduardo Rousseau.

(Se continuará.)



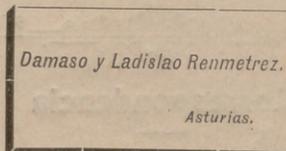
FUGA DE VOCALES por Cora Barcia.

.s .zl y r.s.
h.y .n m. c.n.c.pt.
.n p.r .d.q.ll.
d. l. m.s c.r.r.ct.

JEROGLÍFICO por Gil Farrán.

DAR
MEN SE

TARJETA por Antonio Montaner.



Formar el nombre, apellido y residencia de un amable director y el periódico que dirige.

LOGOGRIFO por J. Morales.

1	3	5	1	5	5
2	5	3	4	3	4
1	4	4	1	1	1
4	5	2	5	2	1
			4	4	2
					2

En la L: línea horizontal, prenda militar; línea vertical, verbo. En la U: línea horizontal, animal; líneas verticales, animal, adjetivo femenino. En la N: línea oblicua, verbo; líneas verticales, verbo, verbo. En la A: línea horizontal, juguete; líneas oblicuas, animales. El todo consta de cinco letras y expresa cuerpo celeste.

CUADRADO por Salvador Serra.



1.^a, animal; 2.^a, en la baraja; 3.^a, en la pastelería, y 4.^a, animales.

JEROGLÍFICO por José Mendiola.

MA Negación Nota

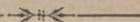
SALTO DE CABALLO por José L.-Amor.

☒	CIE-	☒	A-	-PO	☒	☒	☒
☒	-BE-	SIN	-A	RA-	SIN	CAM-	☒
-LO	SIN	-NES,	SIN	-TE,	-DI-	-DI-	☒
-JAS,	AR-	NO	SOL	☒	FLO-	-NA	-TEN-
-I-	-O-	CA-	RES,	(X) DIOS	-AN-	(45) -NOS.	☒
-BOL	ME	-LU-	☒	-SA	-DOS,	-XIS-	-ME-
-SI-	☒	☒	NI-	E-	☒	☒	NI-
☒	SIN	DÉ	☒	☒	SIN	COL-	☒

Empieza en la casilla que tiene el número 1 y termina en la que está el 45.

JEROGLÍFICO por J. Herrero.

A O



SOLUCIONES

Al acertijo por L. Tenorio: EL MURCIÉLAGO.

Al jerooglífico por Juan Rivera: ANTESALA.

A la fuga de vocales por Pedro Espinosa:

En las azules ondas de los mares
escóndense tesoros infinitos
como en la azul revista que leemos
se encierran muy preciosos trabajitos.

Al cuadrado por José Castejón:

A M O R
M O N O
O N C E
R O E R

A la tarjeta por Flora Gilmán: NICOLAS SALMERON Y ALONSO.

Al jerooglífico por F. Penalba: ANTECEDENTE.

Al triángulo por Gil Farrán:

C A R A
A R O
R O
A

A la fuga de consonantes por Mario Lancho:

En tu puerta planté un pino
y en tu ventana un peral,
para que cojas las peras
la mañana de San Juan.

Al jerooglífico por C. Abejón: MICAELA.

A las adivinanzas por Ramón Porta: 1.^a, la U;
2.^a, la J.

Regalos á nuestros lectores

sólo por un mes

A todos los que se suscriban por seis meses en Madrid ó provincias, les regalaremos los números que van publicados de las

Aventuras de un pequeño filósofo

A los que se suscriban por un año, además de los números que ofrecemos á los suscriptores de semestre, les regalaremos la preciosa novelita

DÍA FELIZ

lujosamente encuadernada.

ADVERTENCIA.—Estos regalos sólo los concedemos durante el mes de Octubre.

No se admiten sellos de Correos. Los envíos de provincias pueden hacerse en libranzas de Prensa, que se venden en todos los estancos. No es preciso certificar las cartas. Los que deseen recibir certificados los regalos, deben enviar un sello de 25 céntimos.

PARA LOS ANTIGUOS SUSCRIPTORES

Tenemos á su disposición los bonitas tapas de la novela **DIA FELIZ**. Para recogerlas sólo es preciso presentar el recibo los de Madrid, ó enviar una faja acompañada de un sello de 10 céntimos los de provincias.

PERCHAS "Navas y Comp^a"

(Con patente)



**Recomendables
para los Colegios
y particulares** 

 **No rompen ni ensucian la ropa**

— **Son las más baratas** 

 **Pidanse precios á los señores NAVAS Y
COMPANÍA, Espíritu Santo, 51.—MADRID** 

DÍA FELIZ

Se halla de venta esta interesante novelita, elegantemente encuadernada, al precio de

50 céntimos.

También podemos facilitar bonitas tapas para la encuadernación á **15 céntimos**.

A provincias van por el mismo precio; pero los que deseen recibirlas certificadas deberán remitir 25 céntimos más.

TABOADA *Licenciado en Filosofía y Letras.—Asignaturas del Bachillerato y repaso del mismo.*

Precios módicos.—Horas: de 9 á 12 de la mañana.—Diríjense á Malasaña, 28, primero de recha, ó á la Administración de ROSA Y AZUL.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.
Espíritu Santo, 28, MADRID

FAMOSO METODO DE LECTURA

EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,25 ptas.
" 1.º (2.ª sección) "	0,25 "
Pepe 1.º, lujo.....	0,50 "
Pepe 2.º "	0,50 "
Pepe 3.º "	0,75 "
Pepe 4.º "	1,00 "

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

MAGUILLA



Marca de Fábrica



HARINA LACTEADA

ALIMENTO ESPECIAL

PARA

NIÑOS

Ancianos y convalecientes

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en metálico, certificado, con la garantía del Estado, que abona la cantidad declarada en caso de extravío. Se vende en todos los estancos á **25 céntimos.**

En el sobre-monedero pueden recibirse hasta 50 pesetas en cualquier clase de moneda.

Oficinas: **COYA, 19, BAJO MADRID**

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

— JOSE BREÑOSA, redactor artístico de ROSA Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de esta Revista.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pídanse catálogos.

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 8,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

SASTRERIA EL INFANTE

NIÑOS

26, PRECIADOS, 26



Trajes drill, desde....	2 ptas.
Lana y vicuña.....	5 "
Gergas y estambres..	10 "
Piqué superiores....	8 "
Alpacas elegantes...	15 "

Cuellos novedad, chalinas, sombreros paja y colección grandísima de géneros para la medida.

PASTILLAS eloro-boro-sódicas — con cocaína — BONALD

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar BONALD, de thioocol-clamovanádico-fosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 8 PESETAS

ACANTHEA BONALD. Poderoso agente para combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor, Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid